



EDITORIAL

Mantener el asombro

Keep the amazement

Angel Martínez Hernández

*Departamento de Antropologia.
Campus Catalunya.
Universitat Rovira i Virgili.
Tarragona, Catalunya, Espanha*

*Professor Visitante do Programa de Pós Graduação em Saúde Coletiva
Universidade Federal de Santa Catarina
Florianópolis, Santa Catarina, Brasil*

amhernaez@gmail.com

El 10 de Julio de 1848, en un clima convulso de crisis y revueltas en Europa que curiosamente evocan la realidad actual del Viejo Continente, nació una revista: *Die Medizinische Reform* (La Reforma Médica), impulsada por Rudolf Virchow y Rudolf Leubuscher. Desde su primer editorial, en esta publicación semanal se señalaba el compromiso de sus creadores con un modelo de ciencia basado en la idea de que la salud es un tema de interés político y general y que los factores económicos y sociales deben ser indagados como causas y condiciones de las enfermedades humanas. La revista tuvo una vida fugaz, ya que por razones políticas los editores se vieron forzados a suspender la publicación en Junio de 1849. No obstante, esta brevedad no evitó que La Reforma Médica se convirtiese en un hito de la medicina social y de la atención

sanitaria de la mayoría de países europeos, y no sólo europeos. Como una desiderata de quien pierde una batalla pero insiste en el combate, los editores se despedían con la advertencia de que no cambiarían de causa sino de lugar.

El mundo ha cambiado mucho desde 1848, aunque continúan persistiendo viejos problemas como el impacto de las condiciones de vida y sus inequidades en la salud o las dificultades para promover sistemas de atención sanitaria de cobertura universal. La crisis del *Welfare State* en muchos países ha añadido más leña a la hoguera, así como las nuevas coordenadas político-económicas de la globalización. Hoy en día los estados parecen demasiado pequeños para controlar las convulsiones de lo que algunos han llamado un “mundo desbocado” y,

paradójicamente, demasiado grandes para dar cuenta de las realidades locales. Entre el desbordamiento y la inacción el mundo muestra nuevas disparidades, nuevos polos de poder y también una obscena pobreza estructural que condena a la desaparición a millones de personas. Las palabras parecen perder su valor y capacidad para describir tal drama humano, incluso aquellas como exclusión, pobreza o desafiliación. Como indica con acierto el sociólogo argentino Alberto Bialakowsky, muchas situaciones de nuestro mundo contemporáneo se asocian más que con la marginación o la exclusión con la pura y dura “extinción”.

¿Cómo dar cuenta de la desigualdad sin caer en la naturalización (que es también la normalización) del discurso de la desigualdad?, ¿Cómo escapar del poder rutinario de las categorías para suspender el asombro? Ciertamente, cuando hemos escuchado varias veces en los *mass media* o en los ámbitos científicos hablar sobre los estragos del hambre, sobre la mortalidad infantil, sobre el impacto de la pobreza o sobre el número de vidas perdidas por obstáculos en el acceso a medicamentos y atención adecuados, a veces de un coste económico irrisorio, nuestra capacidad para sorprendernos se suspende. Frecuentemente la respuesta es la naturalización de las inequidades en salud, como realidades que están ahí como los terremotos o los huracanes y no, tal como nos recordaban Virchow y otros impulsores de la medicina social alemana, como “deficiencias de la sociedad”. De esta forma, el lenguaje científico en su vertiente más positivista entra en una de sus mayores contradicciones, por un lado intenta objetivar el mundo para comprenderlo; por otro, en esa objetivación reduce su capacidad de extrañarse y por tanto introduce limitaciones a un saber intersubjetivo que sea no sólo un saber de hechos, sino también de valores y significados. También un saber-de-sí que anude el

conocimiento a la experiencia y permita repensar lo ya pensado. Naturalizar las enfermedades significa limitar nuestro conocimiento, pues como nos decía Aristóteles todo conocimiento nace del asombro.

El campo de las ciencias sociales y humanas en salud ha aportado algunas claves para mantener el asombro. Una de ellas es la socialización e historización de lo humano, en congruencia con el legado de la medicina social alemana, hoy en día tan lamentablemente olvidada. Socializar es mostrar la desigualdad social que subyace a las realidades de salud y enfermedad, pero también destacar el valor de las hegemonías (en el sentido gramsciano) para crear doctrinas generadoras de la ilusión de consenso donde impera el conflicto. Es retomar la enfermedad como una especie de hecho biosocial total donde se condensa la complejidad de lo que somos, desde nuestra anatomía y fisiología hasta la corporalización (*embodiment*) de la economía-política en esa misma anatomía y fisiología.

Otra de las claves ha sido mantener la incerteza como vía de conocimiento. Cuando el investigador asume que no sabe; y no únicamente eso, cuando reconoce un saber en los individuos y las poblaciones llamados profanos o legos, el conocimiento sobre la salud y la enfermedad deviene un quehacer intersubjetivo. Lejos de la ilusión de lidiar exclusivamente con realidades fisiopatológicas, aquí se hace visible el sujeto que habita en el cuerpo, la voz del paciente, las narrativas de la aflicción. En un tiempo caracterizado por la preeminencia de la llamada “Medicina Basada en la Evidencia” o “Medicina Basada en Pruebas”, quizá deberíamos recordar que lo que realmente es evidente en la clínica es el sufrimiento y que dar cuenta de él o dialogar con él es también restituir la condición humana, social y subjetiva de la enfermedad; es ser más vínculo que certeza; es también pensar la salud y la atención en clave ética y política.

En este contexto me complace en gran manera escribir estas líneas para Saúde e Transformação Social, una revista que por su espíritu y contenido toma el relevo de La Reforma Médica, junto a otras publicaciones ya existentes. Mi más cordial enhorabuena y reconocimiento por el primer año de vida y por la tarea y profesionalidad de los editores, generalmente invisible pero necesaria. También me satisface que sea una revista latinoamericana y especialmente brasileña –quien me conoce sabe que mi pasión por Brasil no es una cuestión de simple cortesía. En muchos aspectos Brasil se ha convertido en el relevo de Europa, por lo que podemos decir con Virchow y Leubuscher que no hemos cambiado de causa, sino apenas de lugar.